

Arquitectura ante o bajo el poder

Augusto Ortiz de Zevallos M.
arquitecto, profesor
universitario e historiador
del arte.

¿Hay una arquitectura de la primera fase? ¿De la segunda, o de ambas en conjunto? ¿Difiere de esa arquitectura la del primer gobierno de Belaúnde? ¿O son una secuencia cuya continuidad debemos prepararnos a ver?

Sobre un tema casi sin tratamiento periodístico o académico, el autor hace un ensayo de crítica, confesamente subjetiva.

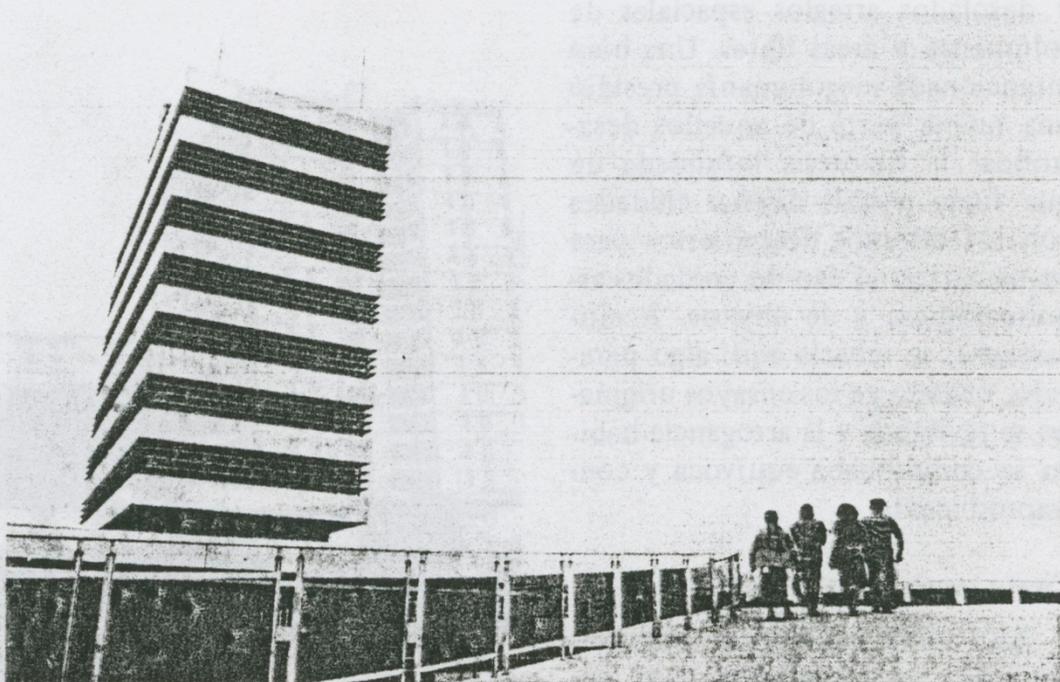
Antecedentes y calistenia arquitectónica del docenio

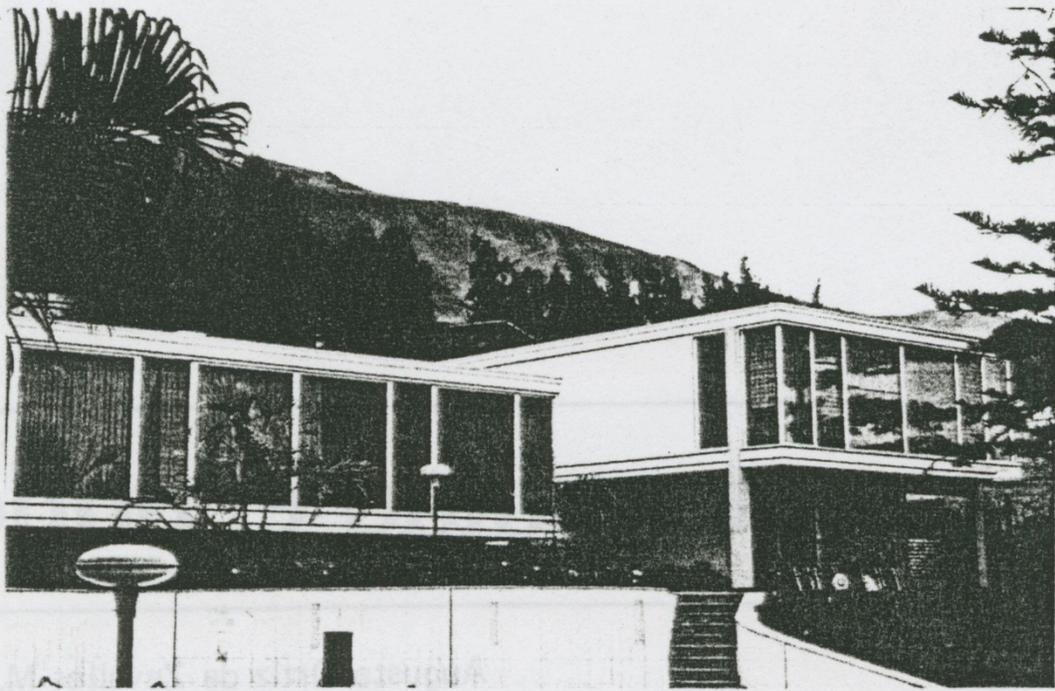
NO es fácil ni siempre propio establecer correlatos entre regímenes políticos y estilos, tanto para la arquitectura como para otras expresiones culturales y artísticas. Pero hay, en todo medio social, y en este especialmente, un cierto consenso colectivo sobre qué formas asociar globalmente a qué períodos, lo que produce un cierto dibujo de identidad pública de la arquitectura de cada episodio. Esa asociación da, además, frutos políticos y resulta así intencional. Las vistas aéreas del zanjón de Lima usadas en la campaña política reciente o las de conjuntos residenciales ostensiblemente asociables a Belaúnde, como San Felipe (y antes, las primeras Unidades Vecinales y Huampaní); son versiones al día de un viejo juego político que, pasando por el General Odría y las unidades escolares y por Don Augusto B. Leguía y la avenida —ya sin ambigüedades— Leguía, se remonta atrás sin inicio identificable.

A la arquitectura le toca jugar estas encarnaciones, o, más bien dicho, se espera de ella que lo haga. El poder usa este lenguaje, le establece requerimientos y obligaciones artificiales, le dispone un cuadro de actuación. No debe sobreentendarse este hecho, sin embargo, ya que las más de las veces el poder no sabe lo que quiere y menos aún cómo lo quiere y el territorio de las formas adquiere prerrogativas mayores. No es infrecuente que las formas, en esos casos, pasen gato por liebre y en

pocos casos mejores, liebre por gato.

Ha habido, en estos doce años que concluyen, cambios acumulados y sensibles en la arquitectura. Cualitativos, pocos; cuantitativos, mucho más. Las vertientes de estos cambios pueden ser leídas en los distintos capítulos del edificio urbano: el edificio público, el doméstico y el comercial. Habría, en rigor, que hablar también del edificio industrial, pero no lo haremos aquí por tratarse de un catalizador menos indicativo.





Los antecedentes inmediatos

Haremos antes un cierto ensayo retrospectivo. El primer período de Belaúnde había puesto el escenario para el desarrollo activo de arquitectos entrenados en la hipótesis del triunfo del racionalismo y de la llamada arquitectura moderna. Pese a la década o década y media de retardo, cabe hacer una analogía entre la arquitectura que entonces se hizo y aquella de la reconstrucción europea de postguerra, la que había poblado las revistas de arquitectura que aquí se leían entre ellas la del propio presidente. En la Europa de entonces las exigencias de los barrios arrasados y la aparente verdad de la teoría urbanística funcionalista, lanzaron el ensayo —y el fracaso— de un urbanismo descomunal y seriado. Se creyó poder reemplazar entidades y formas culturales con reconocimiento colectivo tales como calles y plazas, por autárquicos y desolados arreglos espaciales de volúmenes y áreas libres. Una bien intencionada megalomanía presidió una buena parte de aquellos desarrollos: la hipótesis infundada de que fuera posible diseñar ciudades con los criterios descubiertos para esquematizar el uso de unidades arquitectónicas y de objetos. Acríticamente, se reharía aquí algo parecido, cuando ya los ensayos originales se revisaban y la arrogancia habida se comprobaba equívoca y contraproducente.

Cierta renovación profesional

Esos años emergió un conjunto renovado de proyectistas y se am-

plió el espectro social de los arquitectos, oficio antiguamente excluyente. Apareció en él lo que pudiera también llamarse una tecnocracia, mejor dispuesta al anonimato que la ideología arquitectónica vigente reclamaba. Se produjo también una seriación de las formas y estilos que contravino el antiguo fuero de diferenciación de los arquitectos tradicionales. Concluye entonces, para resucitar después, el papel tan bien descrito por Alfredo Bryce, en *Un Mundo para Julius*, del arquitecto-de-moda: mezcla de chismógrafo, amigo de señoras de copete y tonto. El prestigio profesional cambió de terrenos. Cuando más adelante hagamos una lectura diferenciada de lo que por entonces se hizo, mencionaremos lo que hubo de calidad e importancia.

Las preferencias vivendistas

La vivienda domina la temática



arquitectónica del primer belaudismo; entendida en un sentido tradicional, si bien suburbano y definida por y para un estrato social alto. Se dejó intacto y creciente el gran sector marginal de las ciudades y casi desatendido el rural.

La dualidad de entidades responsables —que hoy se quiere restaurar— fue entonces entre lo que tocaba a la Junta de la Vivienda o las Mutuales y lo que concernía a Cooperación Popular, concebidas en un innecesario sentido de ámbitos excluyentes. El aparato financiero estatal atendió activamente, como si se tratase de una prioridad nacional, a clases ya muy bien servidas, y Cooperación Popular, mientras duró, quiso ser una caja de resonancia de obras populistas múltiples y menores, sin capacidad generadora y con un sentido más bien de lo que los ingleses llaman “public charity”.

El sector popular nunca fue sujeto de crédito.

Visto en retrospectiva, el gran fracaso del período belaudista fue la incapacidad de su abundante arquitectura para articular espacios urbanos coherentes y valiosos. No sólo en el sentido de su función social; también urbanística y arquitectónicamente se edificaron limbos. Lo ilustran los propios agrupamientos. ¿No son reuniones un tanto fortuitas e indiscriminadas de edificios? Mejores en ese sentido habían sido los Barrios Obreros de los treinta y cuarenta y las Unidades Vecinales de los cuarenta y cincuenta. Aunque es verdad que los volúmenes de obra y las magnitudes diseñadas sí significaron un salto cua-

litativo, que algunas veces fue respondido con calidad y madurez de diseño.

Algunos hitos públicos y privados

Hay edificios que se vuelven más importantes que lo que merecen.

El aeropuerto fue uno y quizás lo es todavía. Lo que a la gente le

acuñada, la caja transparente con aires a aeropuertito, se reiteró hasta convertirse en paradigma. Arquitectos de prestigio social como Forga, en versiones ingenuas, y Rodrigo Mazuré, en más cuidadas y originales, hicieron aquí con banderas de novedad absoluta lo que Mies Van der Rohe había hecho en 1929.



gusta del aeropuerto no es en realidad su arquitectura, que es débil, irresuelta y cansina, sino su espectáculo de gentes, sueños y maletas. No olvidemos que el aeropuerto se volvió, por un tiempo, un lugar de peregrinaje adonde se tomaba café, se iba a perder el tiempo y a oír a Edith Barr, otro monumento de época. Fue así un edificio público; un recinto colectivo y un símbolo de la clase social adinerada que hacía uso de él, cuando los vuelos excluían a las otras.

Y hay que reconocer que el lenguaje arquitectónico del edificio, aunque incontrolado y poco imaginativo, es, sin embargo, lo suficientemente simple y directo para no oponerse a las expectativas de nadie sobre la función, para ser un recipiente universal de ideas previas, un lugar común.

Fue esta esencial inafirmación lo que lanzó el estilo moderno a la aceptación multánime.

Ya con carta de ciudadanía, el estilo "moderno" se prestigió y fue recibido con honores en ese otro foro y santuario de los gustos limeños de los años sesenta: Las Casuarinas. Y durante un período de respetable duración en la arquitectura llamada "residencial", la tipología básica

El decurso estilístico del primer belaundismo resuelta, creo, signado por una idea algo ingenua y sobresimplificada de la modernidad. Fue entonces cuando el estilo se implantó como triunfante y casi excluyente.

La masificación de la construcción produjo, por otro lado, la quiebra del sentido más profesional y mejor enterado de la construcción misma. La arquitectura de la vivienda "de interés social" resultó en no pocos fracasos climáticos, funcionales y constructivos, en inadecuación a patrones vitales y habituales y en maltrato de la continuidad y sentido de la imagen urbana. La poca o ninguna coincidencia entre los modelos formales y estéticos de proyectistas y habitantes se tradujo también en innumerables modificaciones de los edificios que el Estado entregaba pretendidamente completos. Las razones de ello estuvieron en buena parte en la arrogante y desinformada actitud de los proyectistas que trasladaban sus modelos vitales sin más a ocupantes sensiblemente distintos a ellos. Pretendían algunos arquitectos "culturar" por vía de sus diseños —como si eso fuera su misión— con no poca obnubilación mesiánica.

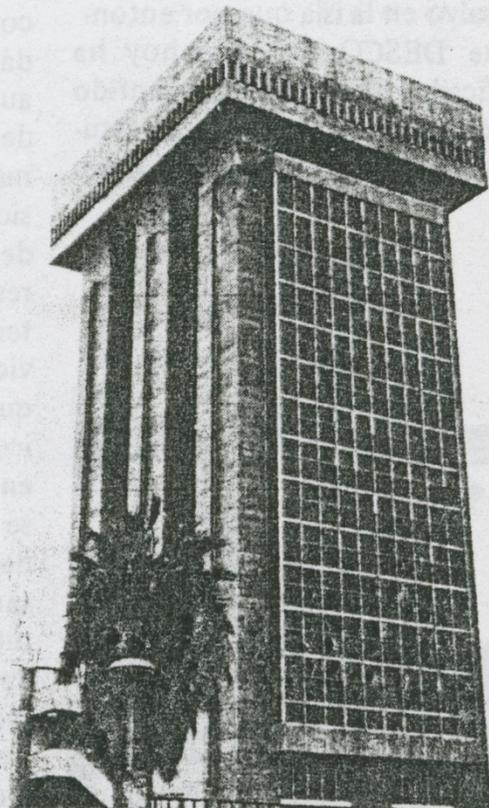
La posta estilística

El canto de cisne del período hizo las veces de caballo de Troya para el próximo. El Centro Cívico de Lima fue sacado a concurso cuando Belaúnde y recibió uno de los pocos fallos incontestables e insospechables de la accidentada y objetable historia de los concursos de arquitectura. Era el mejor proyecto presentado al concurso.

Y sin embargo, fue el fiasco que es.

Fue el lugar límite, la sublimación de las tesis arquitectónicas y urbanísticas en juego por la generación más activa entonces. Lo diseñaron proyectistas jóvenes, entrenados muchos de ellos en los proyectos de conjuntos de viviendas, y de avanzada en ideas políticas y del oficio. Y sin embargo, el Centro Cívico es el gran episodio reaccionario y tremendista del urbanismo peruano, cuyo único análogo sería quizás el edificio del frente —el benavidista Palacio de Justicia—.

Se obvió en él que había una ciudad que entrelazar y se reemplazó la Penitenciaría por otro recinto inexpugnable. La arquitectura del Centro Cívico no cumple su papel fundamental: hacer del edificio público un edificio público. Ni siquiera, y no creo abusar en mi crítica, cumple satisfactoriamente sus papeles intrínsecos de asociar arquitecturas entre sí. La posición extrema y sin ámbito previo o umbral urba-



no del gran centro de reuniones (años después incendiado), el sentido casual y más sonoro que en orden de los espacios abiertos, restan al conjunto sentido y totalidad.

El Centro Cívico inaugura más bien una lamentable tradición posterior, en algo anticipada por el aeropuerto, pero aquí desproporcionadamente mayor y dominante: la tradición del edificio ostentoso, que se apropia abusivamente de su escena y que navega en costos. La ciudad perdió allí la que puede haber sido la última oportunidad de recuperación y reordenamiento de su centro.

El nuevo poder y casi la misma arquitectura

El golpe militar instituyó un nuevo poder ávido de prestigio: la clase militar. Avido también de símbolos y de facilismos. Premunido en otros ámbitos y áreas de proyectos y de esbozos ideológicos que le permitían optar entre ellos, con un sentido principalmente progresista, en el terreno de políticas urbanas el cuerpo militar y paramilitar que nos gobernara buen rato no sabía qué quería. Ignorancia y vacío explicables. Sus informantes e ideólogos, los grupos de poder intelectual y presión del velasquismo, tampoco.

El atraso académico y conceptual y las sobresimplificaciones del problema urbano y arquitectónico lo explican. La moda académica de las ciencias sociales no significó que las cuestiones urbanas fueran afrontadas, salvo en la isla que por entonces fue DESCO, isla que hoy ha fructificado, aunque en un sentido unidisciplinar, en un grupo de estudios urbanos. Luces tampoco hubo

procedentes de una ideología cuyos correlatos formales fueran coherentes. Una de las muchas cosas de las que no puede preciarse la izquierda de este país es de tener gustos de izquierda.

Sin articulación ideológica, por confusa que fuere, campeó el factor clarísimo de emergencia y afianzamiento social que el militarismo tuvo. El programa arquitectónico del velasquismo y del militarismo en su conjunto, fue darse identidad pública, imagen reconocible y notoriedad. Para conseguirlo ensayó, simultáneamente, recetas formales contradictorias: entre sí y con las tesis y valores que manejaba. No cabe duda que hubo reivindicaciones populares auténticas. Pero las formas no fueron buscadas acordemente.

La revolución rusa —que lo fue sin duda— se mandó hacer un Palacio de los Soviets en la mejor tradición de la pastelería occidental, neobarroco y sin atisbo de arquitectura local, cuando Stalin. La revolución peruana —que no lo fue— una colección de palacios que ya quisieran los americanos, de Miami, para un día de fiesta.

Ya dijimos que no siempre hay correspondencia entre formas e ideas, pero en nuestro caso las contradicciones fueron flagrantes.

Monumentos intencionales y movimientos fortuitos

Las plazas y el escenario público se entregaron a un estilo que, como he dicho en otra oportunidad, habría envidiado Odría. Monumentos con un sentido supuestamente didáctico y que no son sino espantos auténticos, equivalentes en bronce de esos poemas de primero de primaria que uno recuerda con convulsiones. Castilla, inaugurado al final de la alcaldía de Bedoya. Los Próceres, hinchados como pavos y contemplando corceles de pocas convicciones. El Túpac Amaru que se quiso hacer y se premió, con una iconografía nítida de resurrección de entre los muertos combinada, créase o no, con superpoderes de personaje de "comic"; y que debió ejecutarse, si no se hubiera interpuesto el buen sentido, en la Plaza de Armas del Cusco. Y muchísimos episodios más, que casi no dejaron plaza importante de la República sin su ejemplar de serie. Salvo en el intere-

sante monumento a los Libertadores en Paracas, las comisiones oficiales se negaron a cualquier concepción que no fuera obvia, y de intención —ya que no de logro— tradicional. Interesará saber al lector que el último episodio de la serie va recién a ser hecho, el monumento ecuestre a Alfonso Ugarte en el Morro, en el contexto un poco inapropiado a tal fin de la Javier Prado.

Pretendían, y pretenden aún, los sectores e instituciones atribuidos —sin que nadie se lo explique— con tal poder de intervención sobre el espacio urbano, que así se fomenta el patriotismo. Cada uno es dueño de sus creencias; pero la ciudad debiera ser capaz de elegir entre las suyas.

Triunfalismo es una palabra desgastada ya y, que yo sepa, tomada del no siempre cuidado vocabulario político español: se la usaba para referirse al estilo arrogante del gobierno cuando éste pretendía convalidar sus acciones por su origen. Triunfalista fue así un adjetivo aplicable a muchas expresiones, entre ellas a la arquitectura. Mal puede, según esa etimología, hablarse de triunfalismo en el régimen militar nuestro, que no procedía de triunfo alguno. Pero la vocación retórica, buscada por el régimen y ofertada con no poca obsecuencia por los arquitectos e interventores formales, sí la hubo y de ese signo.

Hay, como una constante, una pretendida apoteosis que nubla el encargo real, el compromiso efectivo del diseñador. Su género se vuelve la loa. Y ése es un género difícil: en el monumento a Los Próceres, como ya vimos, se confundió la épica con la hípica.

Trataremos la arquitectura oficial, los ministerios, las entidades públicas, en una próxima nota. En ellos no hubo la regresión estética que ya hemos comentado. Más bien hubo un prurito de modernidad.

El lanzamiento del Estado como ente gestor y poderoso encontró su correlato de vidrios-espejo, voladizos impertérritos y alturas de vértigo. Ingenua y poco convencida ecuación, que afrontó, con alguna fortuna a veces y ninguna otras, el más voluminoso encargo que la arquitectura peruana había recibido desde Sacsayhuamán.

